dentro de la inquietud del hombre por los problemas generales de su propia definición.

Por otra parte, es innegable que una literatura y una crítica nuevas han nacido ya, de manera ancilar, en torno al Cine, a la vez que éste ha originado un cambio fundamental en los demás territorios artísticos urgiéndoles a la modernidad. Una serie de influjos recíprocos existen entre el Cine y la Literatura; entre el Cine, figurador de todas las dimensiones, y el Teatro, realizador de las indispensables y, por si esto fuera poco, el cine ha venido a modificar el influjo del Arte sobre el hombre en el plano de lo sociológico.

Vemos casi cumplida ya la profecía que formulara don Alfonso Reyes en 1915: "cada gesto humano, cada perfil de la civilización moderna, está destinado a vibrar en la pantalla". De manera que el cine llegará a ser, seguramente, el mejor documento sobre nuestra época. Es necesario, por ello, estudiar este documento sui-géneris, que tenemos la fortuna de escribir nosotros mismos, y que va a ser la contribución más original de nuestro tiempo al arte universal.

Año IV - Núm. 4, Abril 30 de 1947

III

LA PALABRA Y LA POESIA
PAUL VALERY
SOBRE LA TEORIA LITERARIA
VIDA Y NOVELA, DOS FORMAS DE VERDAD

LA PALABRA Y LA POESIA

UNA de las preocupaciones fundamentales de la Teoría Literaria es el estudio del lenguaje. Al hablar del lenguaje nos vienen a la cabeza muy diversas formas de considerarlo: El estudio gramatical de las palabras y las frases, la técnica de clasificación y uso de las primeras y el arte de construir las segundas; el estudio de los accidentes y los tiempos en los verbos y el de la prosodia y la ortografía. El estudio de las funciones sociológicas del lenguaje desde su formación hasta su transformación en la más importante de las funciones mentales colectivas, cuyo desarrollo abarca en su aspecto histórico el maravilloso espectáculo del desenvolvimiento de las sociedades humanas. El estudio de la Filología considerada como el conocimiento erudito del lenguaje como materia poética.

El lenguaje es una materia común de expresión del pensamiento universal y de todos los grupos humanos. En cada rama del pensamiento el lenguaje pierde algunos de sus caracteres comunes y se especializa para servir al objeto de la ciencia que lo utiliza, formando una terminología distinta del lenguaje común y corriente. La Filosofía es un ejemplo magnífico para evidenciar esta especialización; cada escuela filosófica, cada pensador, usan su propia terminología diferente a la de los demás en la expresión de sus ideas. También el fenómeno sociológico de la división del trabajo proporciona diversas especializaciones del lenguaje según las actividades y los grupos sociales. Mediante estas especializaciones, diferentes del lenguaje indispensable de la vida en común, es posible que éste sea útil a las necesidades de la convivencia humana.

En lo literario el lenguaje también se especializa para servir a los fines de la poesía, sólo que esta especialización del lenguaje en la poesía es mucho más sutil. Generalmente la especialización lingüística en las esferas del pensamiento distintas de lo literario obedece al afán de precisión en las ideas y a la necesidad de fabricar conceptos típicos invariables para designar sus objetos y sus desarrollos. Esto conduce a la valoración etimológica de las palabras que proporciona el más firme criterio de precisión, y conforme a este conocimiento de las raíces originales va creándose la terminología especial, convencional para el pensamiento que se sirve de ella. En lo literario la especialización del idioma rara vez toma ese camino ya que las cuestiones literarias no tienen temas especiales, su materia está constituída por la más general de las experiencias humanas: la experiencia de la vida de los hombres. La especialización del lenguaje en lo literario se logra mediante una valoración semántica de las palabras y una valoración subjetiva íntimamente ligada al estado emocional generador de la obra poética. Dentro de esta valoración subjetiva entra la consideración del valor fonético de la palabra y de la musicalidad de la frase, consideración indispensable para lograr la unidad armónica del lenguaje poético como expresión de un doble sentido creador del artista.

En esta especialización del lenguaje en la poesía las palabras se exceden a su utilidad de meros instrumentos de comunicación de las ideas hasta llegar a ser instrumentos de revelación. En esta función poética de las palabras los significados son destilados doblemente, primero desde la indispensable necesidad de servir de instrumentos de expresión, y después desde esa revelación creadora que es el desahogo del estado emocional general de la obra poética.

Esta sublimación de las palabras hace que éstas dejen de ser meros signos convencionales de intercomunicación humana para transformarse en un lenguaje superior, distinto, apto para ser un material artístico. Su función en la frase rebasa entonces los términos de la gramática y se convierte en instrumento de expresión de un orden de fenómenos cuyo origen y desarrollo se substrae a la lógica racional. Por eso no es posible exigir una sintaxis simplemente gramatical en la frase literaria o poética. La construcción obedece aquí a las necesidades de una expresión acertada a la concepción creadora del poeta; y a veces se sacrifica la lógica de la frase a un simple ritmo, a una musicalidad que hacen posible la reproducción de aquel clima emocional que produjo la obra y

logran con ello una comprensión de ésta que el lenguaje simple no sería nunca capaz de proporcionar.

Esta situación en que queda en última instancia el lenguaje poético es el que produce esa sensación de simpatía, inexplicable a veces, con el poema. Es inútil entonces buscar la intención de la obra con un criterio lógico simple. En poesía no es posible ser ingenuo, mucho menos cuando el lenguaje de ésta es elaborado por el poeta, tanto en la forma como en los significados, en esa forma extraordinariamente convencional que sólo en la poesía es permitida. De aquí parte una de las semejanzas de la poesía con la música, de la que se tratará en otra ocasión. En este lenguaje es en el que las palabras, como en la frase bíblica, se hacen carne y adquieren el sentido dramático que las hace sobrevivir a los hombres y a las edades.

Año II - Núm. 3, Marzo 30 de 1945

PAUL VALERY

TODAS las épocas críticas de la humanidad terminan en una larga angustia a la que no convencen ni las cosas más ciertas, ni los viejos remedios, ni la vista a la historia. La crisis es siempre un desquiciamiento en la fe y una incredulidad para toda esperanza.

En el principio de la Filosofía moderna un hombre deshizo en su conciencia las ruinas del pasado para sacar de la nada restante un principio de fe. Este hombre fué Descartes: el iniciador del pensamiento contemporáneo.

Cuando el positivismo perdía a principios de nuestro siglo su certidumbre filosófica y no era sino ese palo del que todas las metafísicas querían hacer leña, surgió en el panorama del espíritu francés la sencilla y dominante figura de Paul Valéry. Valéry es en la época presente y en la poesía nueva lo que Descartes fué en su época.

La universalidad del pensamiento de este gran poeta francés es tan vasta que no es posible catalogarla en alguno de los aspectos especiales de la cultura. No fué solamente un filósofo, o un sociólogo, o un poeta. Fué más bien esa magna síntesis del genio que no diferencia en su pensamiento ninguno de los caminos hacia la verdad. Donde quiera que entró con su pensamiento fué para encontrar rutas nuevas hacia esa verdad perdida en un mundo de enmarañados prejuicios científicos y filosóficos, en una época en que todos se creían con derecho a decir una verdad y en que cada país se apropiaba una teoría y una idea particular del mundo.